

dida en que son comprensibles por los demás. La universalidad de la filosofía depende de la capacidad de comunicarla por unos y de que sea comprendida por otros».

La trama evolutiva de su pensamiento, Leopoldo Zea la designa como «un filosofar reiterativo pero no repetitivo», dado que éste se desarrolla, amplifica y profundiza «sobre un tema que va variando de acuerdo con las circunstancias históricas que lo originan y el encuentro con corrientes filosóficas que enriquecen la reflexión». Un tema cuyo núcleo persiste, adquiriendo nuevas dimensiones en el tiempo y en el espacio, como lo indican incluso los títulos de las principales obras del autor: *América como conciencia* (1953), *América en la historia* (1957), *Dialéctica de la conciencia americana* (1976), *Filosofía de la historia americana* (1978), *Filosofía de lo americano* (1983), *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988), *Filosofar a la altura del hombre* (1993), *Fin de siglo XX. ¿Centuria perdida?* (1996), *Filosofar: A lo universal por lo profundo* (1998), *Fin de milenio. Emergencia de los marginados* (2000).

Tomando por suyo el postulado que formuló ya en 1842 el argentino Juan Bautista Alberdi, según el cual «la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método; positivista y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos», el filósofo mexicano se esfuerza por instaurar una base operacional de este programa ambicioso, adaptado a los desafíos y exigencias de los siglos XX y XXI. Su trabajo desemboca así en una filosofía o, mejor dicho, en una manera de filosofar profundamente humanista que, basada en lo específicamente concreto –lo mexicano y lo latinoamericano– llega hacia lo universal, siempre conservando su originaria concreción instrumental.

Esa calidad fue puesta de relieve particularmente durante el acto de la investidura de doctor de *honoris causa* por la Universidad de Atenas en 1997 (asunto que Leopoldo Zea juzga con este motivo «extraordinariamente importante») la cual otorgaba este título «por primera vez a un filósofo de lengua española», calificándole de «representante de la idea de una América Latina integrada», que «a pesar de ser muy latinoamericana, sobrepasa las fronteras de América Latina para inscribirse como un aporte a lo ecuménico, a la historia universal de la humanidad». «Un filosofar que como el de los filósofos de la Grecia clásica, partía de la problemática que les planteaba su tiempo y realidad».

Todos los trabajos de Leopoldo Zea están animados por un discurso liberador, *Leitmotiv* que los sostiene y justifica en el progresivo des-

pliegue desde la idea inicial hasta su culminación resumida en la siguiente definición de la igualdad no discriminatoria: «Todos los hombres son iguales por ser distintos, pero no tan distintos que unos puedan ser más o menos hombres que otros». Definición que debería garantizar, mediante el reconocimiento en la reciprocidad, lo inalienable de las particularidades individuales y desembocar finalmente en «una nueva relación entre los hombres y los pueblos que no sea ya la relación vertical de dependencia, sino la relación horizontal de solidaridad».

Creo pues que no es exagerado concluir afirmando que la obra de este pensador –en la cual a menudo el ensayo se antepone al tratado, hecho que facilita su amplia difusión sin desvalorizar el contenido– contribuye en su conjunto a la elaboración de una nueva perspectiva para nuestro mundo, al mismo tiempo que constituye un útil posible para su mejoramiento, dado que por su anclaje y por su modernidad se inscribe a la vez en la alta tradición y la apremiante actualidad filosóficas.



Biblioteca Hispánica. Sala de lectura